

## El corazón de la alcachofa

JUAN MANUEL DE PRADA

El juego de la selección española ante los suecos ha sido como la alcachofa en el plato del comensal. Antes de hincarle el diente, uno tiene la impresión de hallarse ante un manjar muy vistoso con el que espera colmar su apetito. Entonces empieza a deshojarlo y se tropieza con que cada hoja, apenas la ha comenzado a masticar, se convierte en un amasijo de hebras; y esta decepción se repite una y otra vez, hasta que a uno le entran ganas de abandonar. Así hasta que, de repente, cuando ya uno empieza a exasperarse, cuando ya tiene las muelas atoradas de hebras y la mandíbula dolorida de tanto trajín, se tropieza con el corazón de la alcachofa, que es el regalo escondido e impremeditado que nos deja una impresión succulenta.

La impresión succulenta nos la dio Villa in extremis, con un gol que en cierto modo fue una refutación del juego desplegado por la selección española en los noventa minutos anteriores. Un juego dominante, pero estéril: sin desmarques, sin velocidad, sin aperturas por las bandas, enfrascado en un tiki-taka inoperante que ante un adversario menos romo hubiese resultado fatal. Pero enfrente estaban los suecos, unos tíos con horchata en las venas que entienden el fútbol como la democracia: una ceremonia del sopor, muy ordenadita y burocrática que, allá en el otoño de la vida, les garantiza una jubilación dorada. Mientras estuvo Ibrahimovic en el césped, aún se permitieron alguna alegría; pero luego se dedicaron a hacerse los suecos, esto es, a remolonear. Enfrente, la selección española seguía chupperreteando las hojas de su alcachofa, erre que erre, hasta que Villa nos permitió saborear su corazón de rechupete. Convendría que, para próximos partidos, pelásemos la alcachofa antes de salir al campo, para ahorrarnos escupir tanta hebra.